Tras la primera columna enunciada, venía una segunda con el general Castagny, y á retaguardia una conducta de caudales con su respectiva custodia. Sobre tal conducta caen el día 10, en Veranos, las fuerzas que habían disputado el paso del Espinazo del Diablo, y la derrotan, haciendo 47 prisioneros franceses y 40 arrieros armados, á todos los cuales se manda ejecutar.

Se pidió otra vez auxilio á Lozada, por la guarnición francesa de Mazatlán, y se hicieron correrías desoladoras, en que el incendio y otros crímenes eran el cortejo de las columnas franco-lozadeñas.

Castagny se embarcó en Mazatlán con 1.000 hombres, y se dirigió á Guaymas, de donde después regresó al punto de partida.

En el Estado de Oaxaca se presentaba el principal núcleo de los combatientes republicanos. Allí los mandaba el general D. Porfirio Díaz, que se había fortificado en la capital del Estado al ver que numerosas tropas, con trenes de artillería, y mandadas por el mismo mariscal Bazaine, avanzaban sobre él. El general había luchado día tras día, fatigando al enemigo, pero había acabado con sus tropas, y sólo le quedaban los constantes á su alrededor. Sin embargo, su ánimo no decaía, é intentó la última resistencia en la ciudad de Oaxaca, que Bazaine comenzó á asediar el 17 de Enero, terminando esa operación y los trabajos de aproche veinticuatro días después, en que diarios combates se sucedieron. El 9 de Febrero, considerando el general Díaz que ya la resistencia era imposible, y que se preparaba un asalto general, montó á caballo, y acompañado de dos coroneles, fué impávido á presentarse al cuartel general enemigo, donde dijo á Bazaine que sus subordinados habían cumplido hasta allí con obedecerle, que era por consiguiente el único responsable de la resistencia, y se entregaba sin condiciones. Por lo demás, exponía que la plaza no presentaría ya defensa, y que era inútil bombardearla.

El jefe de que hablamos y sus fuerzas fueron hechos prisioneros.

En el primer tercio de 1865, el mariscal Bazaine contaba con un ejército de 63.800 hombres, no obstante que se había ya reembarcado una brigada. Consistía tal ejército en 28.000 franceses, 20.000 mexicanos, 8.500 guardias rurales, 6.000 voluntarios austriacos y 1.300 belgas.

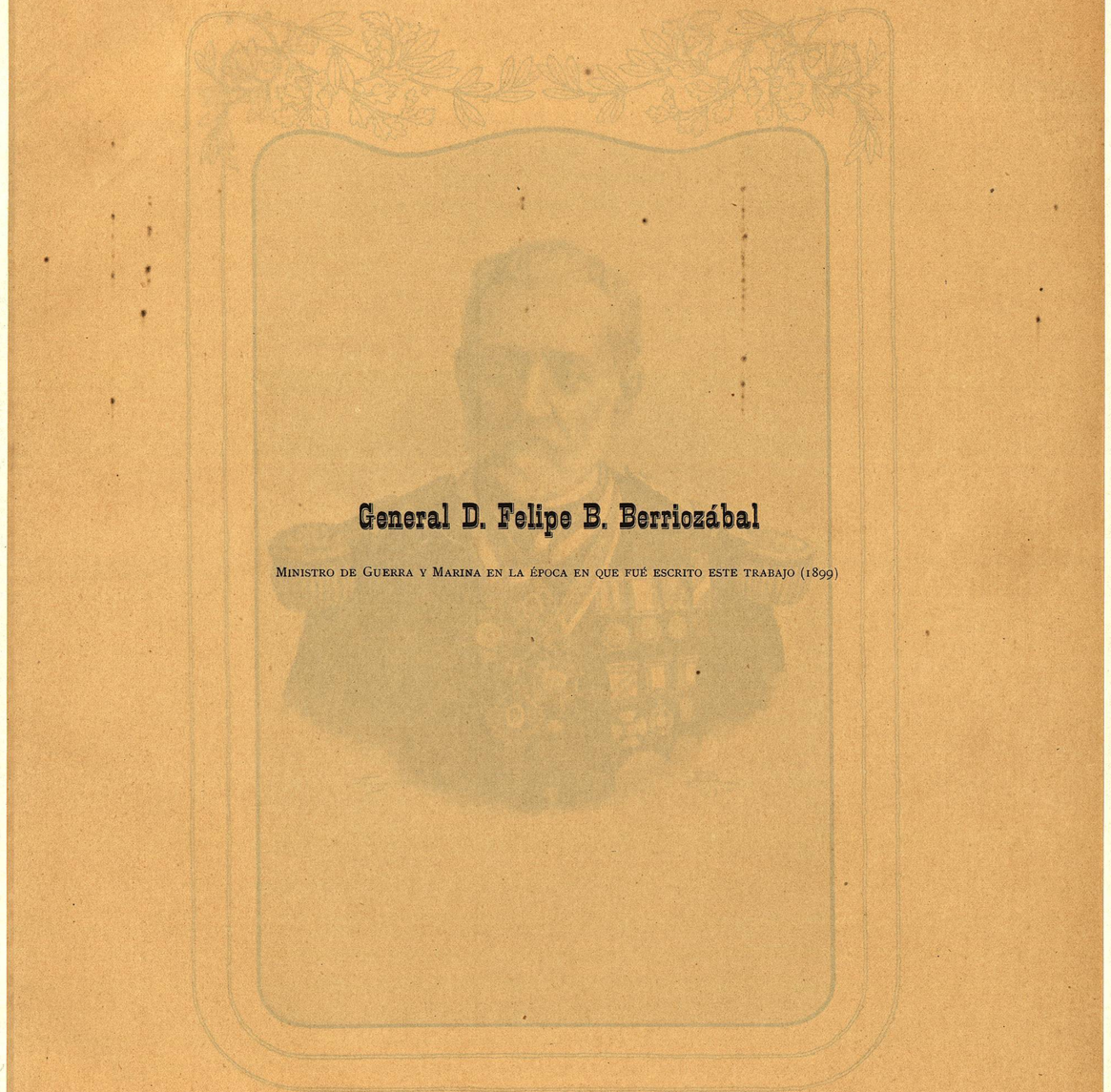
Maximiliano estaba en la inteligencia de que debía disminuírsele el número de tropas francesas, y no cuidaba, sin embargo, de la organización del ejército mexicano, que era, á la postre, el que debía ser su sostén.

En esos meses de 1865, el general Escobedo y los coroneles Treviño y Naranjo aparecían en Nuevo León y Coahuila, levantando fuerzas, operando atrevidamente y dando golpes de mano á las enemigas, á la vez que el general Negrete ocupaba con una división el Saltillo, de donde se dirigió á Chihuahua.

La República norte-americana estaba para concluir su guerra civil, y tanto Napoleón como Maximiliano, que habían intentado de ella el reconocimiento del imperio mexicano, al comenzar el año de 1865, no habían obtenido más que la declaración de que los Estados Unidos sólo reputaban como autoridad legítima, en México, la que representaba el presidente Juárez. Tras esto, se hallaba la amenaza del inmenso ejército que quedaba sobre las armas al finalizar aquella gigante lucha del pueblo anglo-sajón, pueblo cuya influencia en la América había pretendido aniquilar Napoleón al intentar establecer un imperio dependiente de Francia en este continente.

Las notas diplomáticas entre el emperador de los franceses y el gabinete de Wáshington tomaron una forma cada vez más hostil; y Bazaine, en Julio, hasta llegó á colocar sus fuerzas en condiciones de evitar colisiones en la frontera de los Estados Unidos y de defenderse en el interior.

Como quiera que fuese, importaba acabar con el núcleo de legítima resistencia que Juárez representaba en México, y se mandaron tropas francesas hasta Chihuahua, de donde el Presidente constitucionalista, atravesando desierto tras desierto, se retira á Paso del Norte. Así las cosas, Maximiliano expidió el 3 de Octubre un decreto terrible, declarando bandidos á los defensores de México, para que, sin más que la identificación de sus personas, pudieran ser fusilados al aprehendérseles. Conforme á tan bárbara ley, se manda pasar por las armas, el 21 del propio mes, en Uruapan, á los patriotas generales Arteaga y Salazar, y coroneles Villagómez, Díaz Paracho y Pérez Milicua, que había hecho prisioneros el general traidor D. Ramón Méndez al derrotarlos en el camino de Tancítaro. No fué esto, sin embargo, motivo de represalias, y Riva Palacio ajustó con el jefe francés el cange de 189 soldados y oficiales belgas.



General D. Felipe B. Berriozábal

Ministro de Guerra y Marina en la época en que fué escrito este trabajo (1899)

General D. Felipe B. Berriozabal

MINISTRO DE GUERRA Y MARINA EN LA ÉPOCA EN QUE FUÉ ESCRITO ESTE TRABAJO (1892)